

EL DISCUTIDO RENACIMIENTO BRITANICO

Samuel Brittan, bajo ese título, escribe en el Financial Times lo que sigue.

¿Ha habido un milagro económico británico desde que la Sra. Thatcher accedió al poder en Mayo de 1979? A medida que se acerca el décimo aniversario de ese evento, la discusión al respecto se anima y se endurece.

El observador imparcial deberá ser perdonado si se siente confundido cuando el recién nombrado asesor económico de la Confederation of British Industry (CBI), el profesor Douglas McWilliams, pretende que ha habido un renacimiento industrial británico, mientras uno de los más distinguidos antecesores, Sir Donald MacDougall, acaba de dedicar una parte de su conferencia del ciclo Keynes ("his Keynes conference") a sugerir que no ha existido tal cosa.

Otros participantes en el debate se han situado entre ambas posiciones. Ejemplos de ello son el profesor Nick Crafts, de la Warwick University, que ha expresado sus puntos de vista en un análisis -de próxima publicación- hecho para el Centre of Economic Policy Research, y los profesores Layard y Nickell, que han estudiado el tema en un "paper" para la London School of Economics.

El lamentable estado de las estadísticas económicas británicas (tal vez una de las falsas economías de la Sra. Thatcher) ha creado no poca incertidumbre sobre la consistencia de las cifras utilizadas. Con todo, se pueden alcanzar algunas conclusiones razonablemente correctas. Por ejemplo, se puede afirmar que los resultados son mejores en productividad industrial y peores en desempleo. El crecimiento global ha sido aceptable, pero no espectacular, si se cuenta a partir de 1979 y no desde el fin de la

recesión de 1981 como los ministros preferirían. Los resultados en materia de inflación, si bien son afortunadamente mejores que los de la década de los 70, con cifras de dos dígitos, no difieren sustancialmente de los de otros países del Grupo de los Siete.

La discrepancia entre MacDougall y los optimistas de la expansión no es, gracias a Dios, sólo estadística. Se refiere más bien a la elección de los períodos que deben ser objeto de comparación. La experiencia británica posterior a 1979 es claramente inferior a la de bastantes ciclos de después de la Segunda Guerra Mundial; por ejemplo, el de la etapa 1964-73, justo antes de la crisis del petróleo. La única excepción se refiere a la productividad industrial, pero incluso aquí la ventaja de los años Thatcher es muy ligera.

Por consiguiente, si se consideran todos los años de la post-guerra como un solo período, no hay nada especial en los años Thatcher, sólo que durante los mismos aumentó el paro. Lo que, por lo tanto, debe ser explicado en esta perspectiva es la etapa de crecimiento anormalmente reducido entre 1973 y 1979, esto es, en los años Wilson-Callaghan.

Si, por otra parte, se piensa que 1973 marcó el inicio de una nueva era en la historia económica, el cuadro varía. A partir de entonces, la expansión y el empleo han sido mucho peores en la mayor parte del mundo industrial, y especialmente en Europa. La sensación de que la Edad de Oro de la post-guerra había terminado fué un factor determinante de las reuniones en la cúspide que inauguró el presidente Giscard d'Estaing; y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) subrayó el nuevo estado de ánimo con el ambiguo informe del Grupo de los Sabios.

Sólo si se toma como base el período posterior a 1973 se observa un renacimiento thatcheriano. En los seis años que terminaron en 1979 el crecimiento de la productividad en el Reino Unido fué sólo, en promedio, del 0,5 por cien (excluida la parte correspondiente al patrón del Mar del Norte), mientras que a

partir de dicho año el aumento ha sido, como mínimo, del 2 por cien, y posiblemente más. La tasa de crecimiento global también ha subido sustancialmente, mientras que en la Europa continental ha bajado ligeramente. Las mejores oportunidades para la productividad británica han sido consecuencia del déficit ("the gap") que se había producido entre el Reino Unido y los otros países con anterioridad.

El primer impulso hacia la igualación de esa diferencia llegó con lo que el gobierno Thatcher llamó el "error" de someter la industria a una sobrevalorada libra, en 1980-81. La mejora, a continuación, se prosiguió como consecuencia del debilitamiento de la influencia sindical, al tiempo que la abolición del control de los cambios y la supresión de los subsidios al capital ("capital subsidies") hicieron despertar a los empresarios.

La prueba consistirá en ver si la nueva atmósfera prosigue en un mercado laboral más restringido, donde el paro es una amenaza menor.